

CAPÍTULO II.

LAS GUERRAS FEUDALES.

SECCION I.^a

PASION DE LA GUERRA.

Los Romanos, pueblo conquistador por excelencia, admiraban el ardor guerrero de los Germanos. Roma hacia la guerra por espíritu de dominación, por cálculo; su genio, como dice el poeta, la llamaba á gobernar las naciones. Los Germanos amaban la guerra por la guerra, por el tumulto de los combates, por el derramamiento de sangre. Los Romanos ponían el valor en no temer la muerte; los Germanos la deseaban, la buscaban como la dicha la más grande. El cristianismo quitó á los hombres del Norte la creencia que les hacia tan ganosos de la muerte en los campos de batalla: cuando se hicieron cristianos, ya no podían esperar como recompensa de una gloriosa muerte una eternidad de combates en el cielo de Odino; pero la índole guerrera estaba en la sangre de la raza, y la religion podía moderarla, pero no destruirla. La Edad Media, expresion del genio germánico, es esencialmente guerrera.

Un cronista del siglo XI observa que Guillermo, conde de Nevers, llevó el condado durante cincuenta años, en los que no hubo uno solo sin

guerra (1). Se puede generalizar ese hecho y decir que la guerra fué incesante y general bajo el régimen feudal. Tampoco en Roma se cerró muchas veces el templo de Jano; pero el pueblo rey luchaba por el imperio del mundo; aquel era el tiempo de las grandes guerras: una batalla decidía de la suerte de un imperio. En la Edad Media, la guerra se hizo local, individual, así como todas las manifestaciones del espíritu germánico. Cada baron tiene el derecho de guerrear y usa de él, como cada individuo emplea hoy dia sus facultades en el trabajo; la guerra es la única ocupacion, la funcion social del feudalismo; la guerra es la vida.

La guerra no era solamente un hecho universal, era el ideal, por decirlo así, de la vida. En el dia vemos en la guerra una de las más grandes calamidades que pueden afligir á los hombres. En la Edad Media, la guerra era la poesia de la existencia; cuando faltaban verdaderos combates, se imaginaban simulacros; y los torneos eran una imágen

(1) BOUQUET, *Colec. de los historiadores de las Galias*, t. XI, página 281.

y como un preludio de la guerra (1); muchas veces eran tan sangrientos como una batalla (2), dado que el furor guerrero que animaba á los combatientes no les permitía contenerse en los límites de un juego inocente. En un torneo que se verificó cerca de Colonia en 1240, perecieron sesenta caballeros; y se cita un gran número de personajes ilustres que hallaron la muerte en tan sangrientos juegos (3). La pasion de los combates no se contentó con la imágen de la guerra, quiso verdaderas luchas; y de ahí los retos á todas armas (4) que se verificaban entre caballeros de diferentes naciones con todas las reglas propias de las batallas. Aquellos combates eran mortales, sin que los combatientes fuesen enemigos; muchas veces ni aún se conocían; y la única ambicion por la cual arriesgaban su vida era la de mostrar su bravura, su generosidad y su destreza. Los retos á todas armas no siempre tenían lugar entre guerreros enemigos; muchas veces el desafío se hacia para todos los que quisieran entrar en palenque: se ensalzaba á tal punto la gloria de las armas, que la vida se contaba por poca cosa cuando se trataba de adquirir aquel honor (5). Aquellos retos se parecían algunas veces á verdaderas guerras; en el año 1175, los caballeros de la Champagne y de la Francia hicieron un reto al conde de Hainaut, el cual se presentó en el paraje designado para el torneo con 200 caballeros y 1200 escuderos; los caballeros franceses, dice *Gilbert de Mons*, no se atrevieron á atacar hasta que se retiró una parte de los escuderos, sin embargo de lo cual, el conde de Hainaut quedó vencedor (6).

(1) Por eso se los llamaba *imaginariae bellorum protusiones, belli praetudia*, etc. (DUCANGE, *Dissert. VI sobre Joinville*, página 165).

(2) Una sola cosa distinguía los torneos de la verdadera guerra, la clase de armas; las defensivas eran más pesadas, más impenetrables; las ofensivas se reducían á lanzas para los caballeros, y para los escuderos largas varas ó palos. Por lo demás, también se hacían prisioneros, y el vencedor se ganaba, como en el campo de batalla, los caballos y armas de los vencidos (véanse las *Canciones de Geste*, analizadas en la *Hist. literaria de la Francia*, t. XXII, p. 593).

(3) DUCANGE, *Dissert. VI sobre Joinville*, p. 169.

(4) Hacer armas á outrance: *outrier* significaba propiamente atravesar á su enemigo con espada ó lanza (DUC., *Dissert. VI sobre Joinville*).

(5) En 1414, Juan, duque de Borbon, propuso un torneo de ese género. En los carteles de desafío que hizo publicar decía: «Nós, Juan, duque de Borbon..., deseando huir de la ociosidad y ejercitar é ilustrar nuestra persona en la profesion de las armas, con el fin de ganar honor y favor de la hermosa de quien somos servidores...» (DUC., *Dissert. VII sobre Joinville*, p. 176).

(6) BOUQUET, *Colec. de los historiadores de las Galias*, t. XII, página 576.

La poesia expresa siempre las más altas aspiraciones del espíritu humano. En la antigüedad, por más que fuese una época de division y de luchas, los poetas exhalaban dulces acentos y cantaron la caridad y la paz. En la Edad Media, toda la poesia es guerrera. Había en el siglo XII, al Mediodía de la Francia, un castellano poeta que estaba en guerra perpetua con los señores de su vecindad: *Bertrand de Borne*, vizconde de Hautefort, no tenía más que un objeto en su vida, hacer la guerra, provocar la guerra, cantar la guerra. Anduvo buscando siempre, dice su antiguo biógrafo, el medio de traer á las manos los hijos de Enrique II, rey de Inglaterra, á los hijos contra el padre y á los hermanos entre sí; é hizo asimismo todo cuanto pudo para enredar á los reyes de Inglaterra y de Francia. Él mismo dice: «Quiero que los altos barones estén continuamente enfurecidos los unos contra los otros», (1). El poeta guerrero amaba la guerra ménos por la gloria ó por la ambicion que por sus azares, por la exaltacion que lleva consigo y hasta por los males que acarrea (2); al oírle, se creería estar oyendo á un poeta de los antiguos Escandinavos cantando el santo furor de los combates. Á punto de estallar las hostilidades entre Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, transportado de alegría por la esperanza de una bella y buena guerra, *Bertrand de Borne* exhala su júbilo en un cántico arrebatador: «Yo quiere hacer una trova sobre los dos reyes... Si son hazañosos y bravos, bien pronto verémos los campos cubiertos de yelmos y escudos, de espadas y de arzones, de cuerpos hendidos hasta la cintura. Verémos errantes de aquí para allá alazanes sin jinetes, lanzas hincadas en los ijares y los pechos; escucharemos risa y llanto, lamentos de sed, alaridos de alegría... Trompetas y tambores, estandartes, banderas y enseñas, caballos blancos y negros... Hé aquí lo que va á rodearnos y en medio de lo que vamos á vivir... ¡Que el rey Ricardo triunfe! Yo quedaré vivo ó hecho pedazos. Si quedo vivo, ¡oh! ¡qué gran placer el de haber vencido! Si quedo hecho trizas, ¡oh! ¡qué hermoso el quedar libre de todo cuidado!», (3).

El furor guerrero no era un rasgo particular del

(1) MILLOT, *Hist. de los trovadores*, t. I, p. 247.

(2) FAURIÉL, *Hist. de la poesia provenzal*, t. II, p. 203.

(3) FAURIÉL, *Hist. de la poesia provenzal*, t. II, p. 163.—Una poesia de ese género hay en VILLEMMAIN, *Cua tro de la literatura de la Edad Media*, lec. III.

vizconde de Hautefort, era el tono ordinario de la poesía feudal. Hé aquí una composición que un señor de la Provenza dedicó á dos castellanos que tenían entre sí una contienda y que se aprestaban á resolverla por medio de las armas; el poeta incita á los campeones á que vengan á las manos y á que se guarden bien de emplear los procedimientos burgueses de la conciliación: "La guerra me agrada; gusto de verla comenzar. ¡Ah! ¡cuándo veré yo en un campo á propósito á nuestros adversarios alineados y apretados de modo que al primer encuentro haya heridos y muertos de ambas partes! Caballeros heridos, manos y brazos cortados de un mandoble, caballos muertos... Aunque ni una sola persona debiese volver del combate, no importa: yo no tendré tristeza; quiero mejor morir que vivir deshonrado." Los poetas modernos cantan la primavera y las armonías de la naturaleza; pero ¿qué sentimientos son los que despierta esa estación poética en los cantos de la Edad Media? "La primavera, dice el mismo señor, jamás se me aparece tan hermosa como cuando llega acompañada del tráfago de la guerra, de turbación y de espanto... Yo gozo al ver los boyeros y los pastores huyendo amedrentados por los campos y tan turbados que ninguno de ellos sabe dónde refugiarse," (1).

Nos cuesta trabajo hoy día comprender aquel furor brutal que participa algo del de las bestias feroces; pero lo que tanto nos repugna como un exceso de barbarie, era en la Edad Media un beneficio de la Providencia. Mientras tanto que la guerra haya de reinar en el mundo, la virtud militar será una condición de existencia para los pueblos. La antigüedad y la Edad Media eran tiempos esencialmente guerreros; las naciones que olvidaban el uso de las armas abdicaban. Esto es lo que sucedió al imperio romano; su paz era una falsa paz, era la servidumbre general bajo el despotismo de uno solo, y condujo á la extenuación de las provincias y á la decadencia; el espíritu militar se extinguió con la fuerza vital. La invasión de los Bárbaros fortaleció el genio guerrero de los pueblos de Occidente. La vida feudal, con sus antiguas luchas, es una existencia bárbara; pero la barbarie, llena de vigor y de porvenir, vale más que la civilización decrepita de Roma. El Bajo-Imperio no fué con-

(1) FAURIEL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. II, p. 165-167. Los poetas alemanes de la Edad Media abundan en los mismos sentimientos (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 768).

quistado, y en él no se despertó el espíritu militar; por eso los Griegos continuaron decayendo y consumiéndose en medio de vergonzosa apatía. La barbarie guerrera de los pueblos de Occidente se transformará progresivamente en una civilización fuerte y pacífica.

Ya en la Edad Media, el amor por la guerra no es el sentimiento dominante; los mismos poetas que cantan con tanto fervor los gozos y los sangrientos azares de la guerra nos dicen los motivos por los que ésta les parecía tan hermosa y tan feliz; no era solamente el ardor guerrero lo que les extasiaba; era también, y muy especialmente, el amor del botín: "¡Oh! ¡qué buen tiempo vendrá entonces! exclama *Bertrand de Borne*; se desbalijará á los usureros; no se verá por los caminos ni recua segura, ni paisano, ni comerciante venido de Francia que no tiemble; entonces será rico el que se atreva á coger," (1). "Los bravos se levantan por la guerra," dice el señor provenzal de quien hemos tomado el cántico guerrero anterior. El amor al saqueo, el deseo de acaparar riquezas, es uno de los rasgos característicos del feudalismo; hay en ello algo de rudo y salvaje. Los compañeros de los primeros reyes normandos se asemejan á una cuadrilla de bandidos; devastaban las tierras por donde pasaban; no pudiendo consumir las provisiones que encontraban en sus alojamientos, las hacían vender para aprovecharse del importe ó las arrojaban al fuego; el vino les servía para lavar los pies de sus caballos. Así es que desde que los habitantes tenían noticia de la llegada del príncipe, abandonaban sus domicilios y buscaban su salvación en los bosques (2). Después de la muerte de los reyes, todo el mundo abandonaba sus cadáveres para saquear sus tesoros. Apenas había espirado Guillermo el Conquistador, tuvieron que montar á caballo los grandes que le rodeaban para custodiar sus bienes; toda la dependencia y los vasallos de menor escala entraron á saqueo y robaron las armas, la vajilla, ropas, vestidos y todo el mobiliario, y huyeron en seguida, dejando el cadáver del rey casi desnudo sobre el suelo (3). Después de la muerte de Ricardo Corazón de León, los caballeros se

(1) FAURIEL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. II, p. 164.

(2) EADMER, *Hist. Novor.*, lib. IV, p. 78 (*Obras de San Anselmo*).

(3) ORDERICI VITALIS, p. 661 (*DUCHESNE, Historie Normannorum Scriptores*).

entregaron á toda especie de excesos contra todos cuantos se acercaban; el cronista los compara á lobos hambrientos: "Saqueaban, dice, y arrebataban con violencia, como ladrones, todo lo que se les presentaba á la mano," (1). Alguna que otra vez la religión se mezclaba á esas escenas de vandalismo de una manera extraña: los caballeros de Ricardo habían tenido cuidado de prepararse con el sacramento de la comunión antes de comenzar sus hazañas. Frecuentemente se ejecutaban los altos hechos de aquellos señores á expensas de la Iglesia; y no hallando nada que robar entre ellos, dice un abad de Cluny, robaban los lugares santos (2). Así es que hubo más profanaciones y más sacrilegios en aquellos tiempos de fe ciega que ha podido haber en las épocas de incredulidad (3).

La pasión desenfadada del pillaje, que no respeta ni los cadáveres de los reyes ni los santuarios de la religión, ofrece un espectáculo más repugnante que el furor de los combates; y, sin embargo, aquella transformación de la barbarie es un primer paso hácia una era pacífica. El ardor guerrero de los antiguos Germanos hubiera cubierto de ruinas el mundo si no hubiera venido á moderarle un sentimiento de conservación; ese sentimiento, en los tiempos bárbaros, no podía ser otro más que la pasión egoísta de la codicia; pero el egoísmo que conserva vale más que la violencia que destruye. Bajo la influencia de las nuevas necesidades, la guerra y la conquista tomaron un carácter nuevo. En la antigüedad, los vencidos perecían ó se reducían á esclavitud. En la Edad Media, la conquista es una expropiación; los vencidos pierden sus bienes, pero conservan su libertad. Tal fué la conquista de la Inglaterra por los Normandos: los Anglo-Sajones fueron despojados; pero aquella expoliación universal no les impidió alzarse de su derrota

(1) "Rapinis et deprædationibus velut lupi famelici summo studio insistebant, ubique velut prædones debacchantes" (RADULPH. COGGESHALLÆ abbat. *Chronica*, en BOUQUET, tomo XVIII, página 87).

(2) STEPHANI CLUNIACENSIS *Epist. ad Ludovic.* (BOUQUET, tomo XVI, p. 130): "Quid sibi jam invicem rapiant non habent, sed ecclesiæ prædæ eorum."

(3) ORDERICI VITALIS, p. 918, 920 et passim. — En el siglo XII, el conde de Namur y el duque de Lorena tuvieron una cuestión como las que mediaban todos los días entre los señores feudales. El conde invadió las tierras de su vecino, llevándolo todo á fuego y sangre; la abadía de Gemblou fué destruida hasta los cimientos; se batieron dentro de los templos, y se dió muerte á los sacerdotes en los mismos altares. Y aquellas escenas de vandalismo no tenían nada de extraordinario: aquella era lo habitual (*Carta de GUIBERTO*, abad de Gemblou, en MARTENE, *Aplissima Collectio*, t. I, p. 938).

y llegar á ser el elemento principal de la nación inglesa.

SECCION 2ª

CRUELDAD.

En el siglo XV, la rivalidad de la Francia y la Inglaterra se personificó en dos príncipes poderosos. Ricardo Corazón de León es el héroe de la Edad Media; su nombre resuena con terror en el Oriente, y la poesía cantó sus hazañas. Felipe Augusto es el más emprendedor de los Capetos; se atrevió á luchar contra Inocencio III, y salió vencedor de una coalición formada contra él por sus barones, por la Inglaterra y el emperador de Alemania. ¿Quién no había de esperar, al ver venir á las manos á Ricardo y á Felipe, aquellas grandes victorias que hacen la gloria de un pueblo? Pues se queda uno asombrado, leyendo las crónicas contemporáneas, al no encontrar ni una sola batalla; la guerra se reduce á pequeños combates y asaltos de castillos. Otro tanto sucede con todas las guerras feudales; la constitución del feudalismo hacía imposible las grandes guerras. Verdad es que todo poseedor de feudo estaba obligado al servicio militar; la guerra era la función social de los nobles; pero esa obligación estaba circunscrita á límites estrechos, así como toda la existencia de los tiempos feudales, toda vez que guardaba proporción á la magnitud del feudo y se acomodaba á las estipulaciones particulares entre el señor y el vasallo. Según las Ordenanzas de San Luis, la duración más larga del servicio era de sesenta días para las expediciones reales; pero aquellas Ordenanzas datan de una época en que ya iba siendo preponderante la potestad real. Bajo el régimen feudal propiamente dicho, ningún vasallo estaba obligado más que á las cargas determinadas por la investidura del feudo; unos debían el servicio de tres días, otros no podían ser detenidos fuera de sus casas más que hasta la noche; los había que estaban obligados á seguir al señor fuera de sus dominios, pero la mayor parte no debían su servicio más que para la defensa de los hogares (1). Bajo semejante régimen, las guerras no podían ser más que una especie de duelo, y se terminaban con un encuen-

(1) DUCANGE, véase *Hostis*.